



Jorge Alonso Zapata. Juegos callejeros. Acrílico sobre papel, 35 x 25 cm. 2011

# Medellín, su centro en el cielo con diamantes y óxidos

Víctor Bustamante

En diversas calles, entradas para el centro, han dispuesto vallas de fondo granate y letras blancas que señalan: Centro Histórico. Nada más ominoso: ¿Centro Histórico? No sé con qué actitud publicitaria lo hacen, porque estas vallas son pura ficción; una manera de ocultar lo que se ha perdido o de indicar que Medellín aun lo conserva. O, a lo mejor, podría tratarse de una redefinición y acomodo de este concepto.

Y lo afirmo como una provocación, ya que el centro ha sido borrado del corazón de las diversas administraciones y de la pasividad de sus habitués. Ha sido tan golpeado, ha sido tan vehemente dejado a la deriva, que un diagnóstico lo ubicaría en cuidados intensivos, pero estos solo se quedan en estudios de factibilidad que no se aplican, en proyectos que se archivan, porque la destrucción continúa y no hay manera de que se le dé una solución, ni a corto ni a largo plazo. Es más, la mala fama que ha adquirido, ha llevado a que muchas personas nunca “bajen” al centro, ya que es sinónimo de calles peligrosas, sucias y ruidosas; de atracos; de prostitución; de venta de drogas; de poca movilidad; de hacinamiento; de exceso de buses, taxis, motos y autos particulares sin control. Además, con otro fenómeno colateral como el largo proceso de “lumpenización” de muchos de los llamados habitantes de la calle. Como colofón, debido al descuido, muchas empresas y almacenes de importancia se han ido de allí. Incluso, hay taxistas que no les gusta ir al centro para evitar los sucesivos atascamientos.

Antes, un poco de historia. Cuando se va la Administración Municipal del Centro hacia una nueva sede, destruye la Estación del Fe-

rrocarril de Antioquia y la Plaza de Cisneros (corazón del barrio Guayaquil) de una manera sistemática: querían un sector limpio y notorio. De ahí que, al trasladar la plaza de mercado, olvidaron lo más importante, el ambiente que la circundaba: bares, cafés, prostitución, pensiones, vendedores ambulantes, tahúres, malandrines; todo quedó a la deriva. Estos oficios y lugares, con los días, se esparcieron por la ciudad, envileciéndola, y emergió un fenómeno lento, inexorable, que los magos de Planeación, desde los altos pisos de La Alpujara nunca vieron: el centro se “guayaquilizó”. El proceso de reacomodo ha sido implacable, letal, mortífero. Además, fue construida la avenida Oriental para solucionar el proceso de movilidad y que motivó a decir a José Luis Sert, el arquitecto catalán, que Medellín era la única ciudad en el mundo que construía una autopista destruyendo el Centro Histórico.

Luego, y de eso hace menos años, al cambiar los planos iniciales del recorrido del metro que bordeaba la orilla del río, le dieron un golpe brutal al Parque de Berrío, nada menos que el parque fundacional de la ciudad. Y si destruyeron el parque principal, qué podríamos decir de los diversos edificios emblemáticos. Amén de que algo es cierto: la movilidad en el centro no la solucionaron ni la Oriental ni el metro. Cada día, al hacinamiento, a las calles perdidas o ruidosas, se les agrega un malestar generalizado.

La destrucción del Teatro Junín, el edificio más representativo de la ciudad, dio pie a este desprecio continuo por las generaciones que la construyeron, por los arquitectos que la idearon. De ahí que lo patrimonial sea un chiste en

el llamado Centro Histórico, pura ficción: ampliaron calles que de nada sirvieron; eso sí, se destruyeron edificios en la calle Colombia, en San Juan, en la Avenida del Ferrocarril, y un largo etcétera, con la idea letal del “progreso” a lo paisa, sin respetar a los arquitectos que le han dado identidad. Una muestra, el Parque de Berrió ha sido destruido y reconstruido unas cinco veces, perdiéndose ese tesoro arquitectónico que solo se conserva en fotografías.

Con ese desmantelamiento, los referentes culturales del centro se fueron perdiendo. Uno de ellos, que lo hacía atractivo, sus teatros: unos veinte desaparecieron; esos teatros oxigenaban, le daban su dinámica, su color. Sólo han quedado tres salas de cine. Podría achacarse este fenómeno a las nuevas tecnologías y a la piratería de los DVD; en parte puede ser cierto, pero no puede olvidarse otro fenómeno, el inmobiliario, con la irrupción de los centros comerciales que poseen en la actualidad, esparcidos por la ciudad, las salas de cine, en una dinámica que parece repetir lo que en su momento hizo el propio centro cuando concentró los teatros y acabó con lo existentes en los barrios.

Los centros comerciales, con su atmósfera limpia, su vigilancia, sus almacenes decorados con neones previos y avisos cautivadores y sin mendigos, sin vendedores ambulantes, sin buses, ni ruido ni basura, y sus teatros, se llevaron el público, las personas que “bajaban” al centro. El halo del consumismo pasivo, el que se hacía en el centro se fue para esos lugares. En El Tesoro, en Los Molinos, en Unicentro, muchas personas del resto de la ciudad pasean, se encuentran, se asoman a ver vitrinas de lujo, así como a mirarse de reojo en las zonas masivas de comida.

También, en ese desmantelamiento, los cafés de la calle Bolívar, de Ayacucho, de Palacé, de Calibío y de Guayaquil, poco a poco se fueron cerrando y, así, la vida social nocturna fue per-

diendo su dinámica, dejando a sus habitués a la deriva.

Otro golpe funesto es el asestado al sector de las librerías: casi todas se han ido del centro o han concluido su vida útil. Y en un claro proceso de pauperización del libro, no es raro ver la esquina de Junín con la Playa, la calle Boyacá y la calle Sucre pobladas de vendedores de segunda que, por su diversidad, dan la impresión de que en realidad la gente aún lee, sí, pero libros baratos y, si son piratas, son aun más baratos.

El gran protagonista de esta nueva dinámica del centro es el comercio que, bajo múltiples formas, ha ocupado y reemplazado la ética del trabajo y la creación de industria, ya que al Medellín perder esta capacidad, aparecieron el espíritu preso y el aventurerismo económico, bien descritos en el cuento “Que pase el aserrador” de Jesús del Corral. Nada menos se hace evidente cuando se abre una venta de comida rápida y de buñuelos donde hasta hace poco estaba situada la Librería Científica.

Pero ya me referí de una manera sucinta a la parte histórica. Hablemos del centro hoy, como producto de ese devenir ciudadano. Un fenómeno lo define: la irrupción de los sanandrecitos que, de comercio ilegal, de contrabando, culminaron en la zona del Hueco y le dieron un carácter diferente a Guayaquil, cambiando sustancialmente en ese lugar.

Con esa mentalidad del comercio de aprovechar la vida personal y colectiva y asumirla como una mercancía se debate el centro de Medellín. Solo superviven las actividades más rentables; de ahí que muchos teatros, librerías, hoteles, cafés, heladerías y bares hayan desaparecido o cambiado, y muchos de los almacenes elegantes hayan sido reemplazados por baratillos de mercancías chinas. Esa concepción imperante del comercio ha impuesto ese carácter de ligereza y volatilidad; lo efímero

ha asumido su rol y se ha hecho visible en diversas actividades traspasadas de Guayaquil: los tahúres, los jugadores de cartas y los timadores hallan su santuario en los casinos. Esa mentalidad del juego, del azar, prohibido a finales de 1800, encuentra su mayor expresión en el chance como el nuevo oficio.

Otra cosa son las pensiones que se extendieron por la ciudad convertidas en hoteles y moteles, dando la impresión de que los medellinenses se aman con fruición. Los borrachitos y tangueros, con su aureola de liviandad, han llegado al corazón mismo del Parque de Bolívar adonde se trasladó La Payanca desde el viejo Guayaquil. También desde allí los culebreros, brujos y adivinos liaron sus bártulos, sus pomadas y sus talismanes para instalarse, quién iba a creer, en el edificio La Ceiba, ya modernizados con tarjetas de invitación que entregan en las calles. También las chicas de los bares, con su aureola de malditismo y de amabilidad, salieron de esos cafés y de las esquinas, frente a las pensiones, y ya merodean por la iglesia de la Veracruz y por el Parque de Bolívar, por la calle Perú, por Barbacoas y, en las noches arduas, por Cundinamarca, cerca de la Plazuela de Rojas Pinilla y, además, no es raro que dentro de ese proceso de rentabilidad del cuerpo, se repartan tarjetas de visita para buscarlas ya en sitios cerrados: en salas de masajes, en Caracas, en Sucre, en Maracaibo o en la Oriental. Además, los cafés que no desaparecieron se adecuaron a salones de strip-tis: el elemento erótico establece sus dominios y la vecindad de esos lugares trajeron el otro elemento, los jíbaros, con sus caramelos tóxicos, la droga, como expresión de otra actividad de ganancia, de placer y aproximación social. Drogas y sexo en casas cerradas que aún perviven; una expresión popular de ello, El Raudal.

De tal manera, el centro se ha reafirmado como lugar de comercio, de volatilidad, de lo efímero, de lo anónimo sin tradición, donde no importa el valor histórico de sus lugares. Menciono unos pocos abandonos, entre mu-

chísimos: la casa de Zea, aun cerrada; el edificio Víctor, convertido en un centro comercial que acaba con su interior; el edificio Martínez, pintado de afán y dañada su fachada; el Palacio Nacional, transformado en una expresión del Hueco; el edificio Uribe Navarro, tapado por vidrieras, y el Teatro Ópera, intervenido, y reconocido por ser sede de la venta de celulares robados.

Dentro de ese dismantelamiento, letal e inequívoco, prosiguen con su golpe destructivo los parqueaderos. Motos y autos en su carácter de ligereza, de lo momentáneo, copan y prosiguen buscando su espacio. Como ya es casi imposible parquear en las aceras, se han apoderado de lugares bajo la concepción de que los autos, las motos, mandan, dan lustre, en la vida cotidiana. Esa apropiación se manifiesta en las aceras cercanas en lo que fue la esquina del Teatro Olimpia, ahora un sector inmanejable; en una de las casas diseñadas por el arquitecto Carlos Arturo Longas en el Parque de Bolívar; lo que fue la sede de la Librería Continental la ocupa otro parqueadero; otro más donde quedaba el café Pilsen, en la que fue la casa de Mariano Ospina; e igual pasa con lo que fue el Café 20 de julio. Parqueaderos con todo lo que traen: instaurar una zona muerta y agresiva debido al ruido, al olor a gasolina y al afán. Es el *auri sacra fames*: “maldito deseo del oro”, tomado de un verso de Virgilio por Max Weber y adaptado a una suerte de ética y máxima ideología del paisa.

Solo hay un lugar que convoca: el Parque del Periodista, donde se resume la ciudad, con todas sus contradicciones y aciertos. Es un punto de identificación, de encuentro, una parte del centro, así como los sectores aledaños, ya desde Junín con La Playa hasta el teatro Pablo Tobón, donde Medellín posee un carácter social. Allí es posible, sobre las 9 de la noche, encontrar a los amigos que aman la literatura, la música y el cine, porque de esa hora en adelante, aún temprano, los parques referentes, el de Bolívar y el de Berrío, incluso el de la Ve-

racruz se hallan casi desérticos, ya que el comercio y su puñado de adláteres se han ido. Y otro tanto señalan las fachadas de los almacenes de la calle Maracaibo, entre Palacé y Junín, cuyas infaltables rejas de hierro son sinónimo de la ordinariez y falta de vigilancia.

Hay un caso desudado: detrás de la Metropolitana, a los dos parquécitos, el Manuel José Cayzedo y el Mon y Velarde, les quitaron las bancas para evitar el encuentro de los peatones; los travestis, los drogadictos, los vagos y las putas, los dueños del centro, y la nueva serie, los llamados habitantes de calle, sufren ese desalojo preventivo.

En ese proceso, si miramos lo que fue su nobleza, una calle como la avenida Juan del Corral nunca había visto tal abandono, tanta decadencia en un espacio atiborrado de vendedores de cachivaches, no de segunda, ni un mercado de las pulgas, sino la máxima exhibición de la miseria y del rebusque. A ese estado ha llegado este sector de la ciudad donde conviven, en un extremo de la calle las mercaderías de contrabando y en el otro las mercancías, no de segunda, sino de pura basura. Este es el ambiente heredado, el centro, casi en ruinas, envilecido, despojado de su aura, fragmentado.

Aun así, poseemos nuestros lugares, esas calles, camino de pasos que aun persiguen la ciudad, su interior, como una grafía. De todas maneras, no ha perdido esa curiosidad que le da al transeúnte para perderse en sus calles, para respirarlo, recorrerlo en sus rincones más secretos y en esa tensión de auscultar personas, momentos insólitos, como los místicos del Parque de Bolívar buscando el cielo hace treinta años, los alcohólicos sin saber dónde conseguirán un peso para el próximo trago, las putillas como la morena que he visto desde su esplendor y madurez hasta envejecer en



Jorge Alonso Zapata. *La requisita 2*. Acrílico sobre papel. 35 x 27 cm. 2014

la misma esquina de Perú con Venezuela, La Barca de los Locos con sus diatribas, dándole ese color que necesita el parque como tribuna, o los cantantes mustios con sus guitarras destempladas del Parque de Berrío. En la calle fluye la vida de Medellín: en las putillas que a caminan su carrera por los lados de la Veracruz junto a su chulo local que las protege; en los travestis con tacones torcidos y gastados por La Paz cerca de la Metropolitana o por Perú; en el parque de San Antonio, donde la colonia chocona se ha establecido; en la Plazuela de San Ignacio con los jubilados que van de parque en parque; en las callecitas de Boston, cubiertas de una alfombra de hojas secas en verano; en la soledad de las iglesias al mediodía, donde algunos creyentes invocan milagros; en los vendedores ciegos de lotería ofreciendo la

imposibilidad de que el premio gordo llegue a nuestras manos.

Ahí está la ciudad inicial, ahora el centro, como la han buscado y definido Gabriel Latorre, Luis Tejada, León de Greiff, como la ha escudriñado Carrasquilla, como la ha analizado y la ha sentido en sus entrañas Darío Ruiz, así como los Nadaístas que le dieron otra definición al alargar la noche y aún es posible buscar sus pasos en sus lugares emblemáticos.

Por esa razón, cada uno posee sus lugares secretos que visita cuando sale al centro a respirar sus horas claras y serenas, o a perderse en sus recovecos, a encontrarse de repente con algún amigo como si esa cita hubiera estado programada al azar. O a mirar a las chicas de verano soleadas por los colores que les sientan bien con sus cabellos sueltos, siempre de afán, como aquellas inscritas en ese poema "A una mujer que pasa" de Baudelaire.

¿Dónde está el centro? ¿Dónde está Medellín, con su historia sepultada a la vista de todos, como una pregunta, un deber que nos arredra? Al caminarlo, no regalando las pistas que van surgiendo al desgaire, con la fidelidad del miniaturista que escruta donde residen los colores, los tedios, los licores, los olores, los bares, los sabores, las fascinaciones de conversar sin tiempo en los cafés o de irse a las terrazas de los edificios, o de subir a los balcones a mirar desde otra perspectiva, merodear en los comercios, pero también en las historias fascinantes, como la del cantante de vallenatos en silla de ruedas y en el retrato del comerciante de DVD que te habla de Angelopoulos y Bela Tarr. En la vida, casi de fantasía, del Muñeco colombiano; historias que sobreviven, lejos de los grandes onomásticos. Del centro con sus historias, con el ahínco de lo popular tan vivo, sin cortapisas, sólo puede hablar alguien que lo ha vivido, que le haya dedicado mucho tiempo para perderse en sus entrañas. Se necesita la experiencia de toda una vida y la pre-

cisión del cartógrafo para elaborar su propia ruta, lejos de los turistas estólidos, en manada, llevados de la mano de su guía.

Ese Medellín, su centro, perdura en alguna fachada que aún no han destruido de Horacio Marino o de Nel Rodríguez, de Agustín Goovaerts, de Félix Mejía, de Horacio Longas o de Charles Carré. En rastrear los pasos de Francisco Antonio Cano, en su tercer piso, donde pintó *El Cristo del perdón*. En las esquinas donde los Nadaístas esperaron que cayera la noche para seguir la fiesta. Vibra y duele en el eco perdido de los indígenas, casi indigentes, cantando y bailando su música ante la indiferencia generalizada. Lo noto en los pasos y en las hojas perdidas de las revistas del Negro Cano. Asoma en las caminadas de Luis Tejada por la calle San Juan cuando iba a divisar la caída de la tarde desde el morro el Salvador. Nos enternece en las noches oscuras de Carlos Sánchez. Respira en un poema de Omar Castillo. Nos aflige en la casa de Carrasquilla, donde escribió una de sus obras más poderosas, *Hace tiempos*, convertida en motel. Nos acusa en los pasos perdidos de Tartarín en La Playa con Junín. Se libera con Gustavo Quintero cantando a todo pulmón en pleno Junín, promocionando sus primeros discos, antes de ser el cantante representativo que sería. El Centro perdura en la memoria de los serenateros y merenderos del Crillón esperando un contrato y empeñando sus guitarras para seguir bebiendo. Pervive en la vendedora de diarios y revistas desde hace treinta años en la esquina de Boyacá con Bolívar. Y ahora, en esta tarde de junio, se eterniza en Versalles mismo.

**Víctor Bustamante** es economista de la Universidad de Medellín, docente, escritor y editor. Director de la revista *Babel*, ha publicado, entre otros, los libros: *Amábamos tanto la revolución*, *El Papa de Barbosa*, *El último fusilado de Medellín: Luis Tejada: una crónica para el cronista*; *Cine & Cenizas* e *Historia del estadio*. Escribió esta crónica para la *Agenda Cultural Alma Máter*.